

APUNTES DE CINE LGTB

NÚMERO 3 TEMPORADA 1



**levanta
fuego**



PRIMERA EDICIÓN: FEBRERO DE 2020

SEGUNDA EDICIÓN: JULIO 2020

TEXTOS: SUS AUTORES

DISEÑO, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN:

LEVANTA FUEGO

WWW.LEVANTAFUEGO.COM

ISBN: 978-84-09-17990-9

EL CONTENIDO DE ESTA OBRA PUEDE SER
DISTRIBUIDO, COMUNICADO Y COPIADO LIBREMENTE,
SIEMPRE QUE SU USO SEA NO COMERCIAL. PARA
CUALQUIER OTRO USO O FINALIDAD, SE RUEGA
CONTACTAR CON LA EDITORIAL

ÍNDICE

Poner etiquetas. A modo de prólogo.....	5
Prefiero un hijo drogadicto a un hijo maricón	9
Christo Casas	
Lesbianas felices	23
Déborah García	
<i>Pride</i> . Las victorias más bellas.....	35
Ignacio Pato	
Cine de transición	47
Violeta Serrano	
Sexo, política y cine marginal en los setenta	61
Alberto Berzosa	
La homosexualidad en el cine clásico	81
El hijo secreto de Mitchum	

PONER ETIQUETAS

A MODO DE PRÓLOGO

La etiqueta «cine LGTB», como casi todas las etiquetas, siempre fue complicada y protagonista de no pocas polémicas. Cargada de prejuicios, tópicos y lugares comunes, en muchas ocasiones se ha limitado a sostener y reforzar el orden existente, y en otras ha servido para que unos pocos, generalmente heterosexuales, hagan caja y se pongan un pin progresista en la solapa de la americana. La homosexualidad en el cine está presente desde sus mismos albores, en las primeras películas mudas. La industria del cine, nutrida por artistas y «gente de malvivir», era el vehículo perfecto para normalizar las distintas formas de experimentar la sexualidad. Sin embargo, los dueños de las compañías no eran

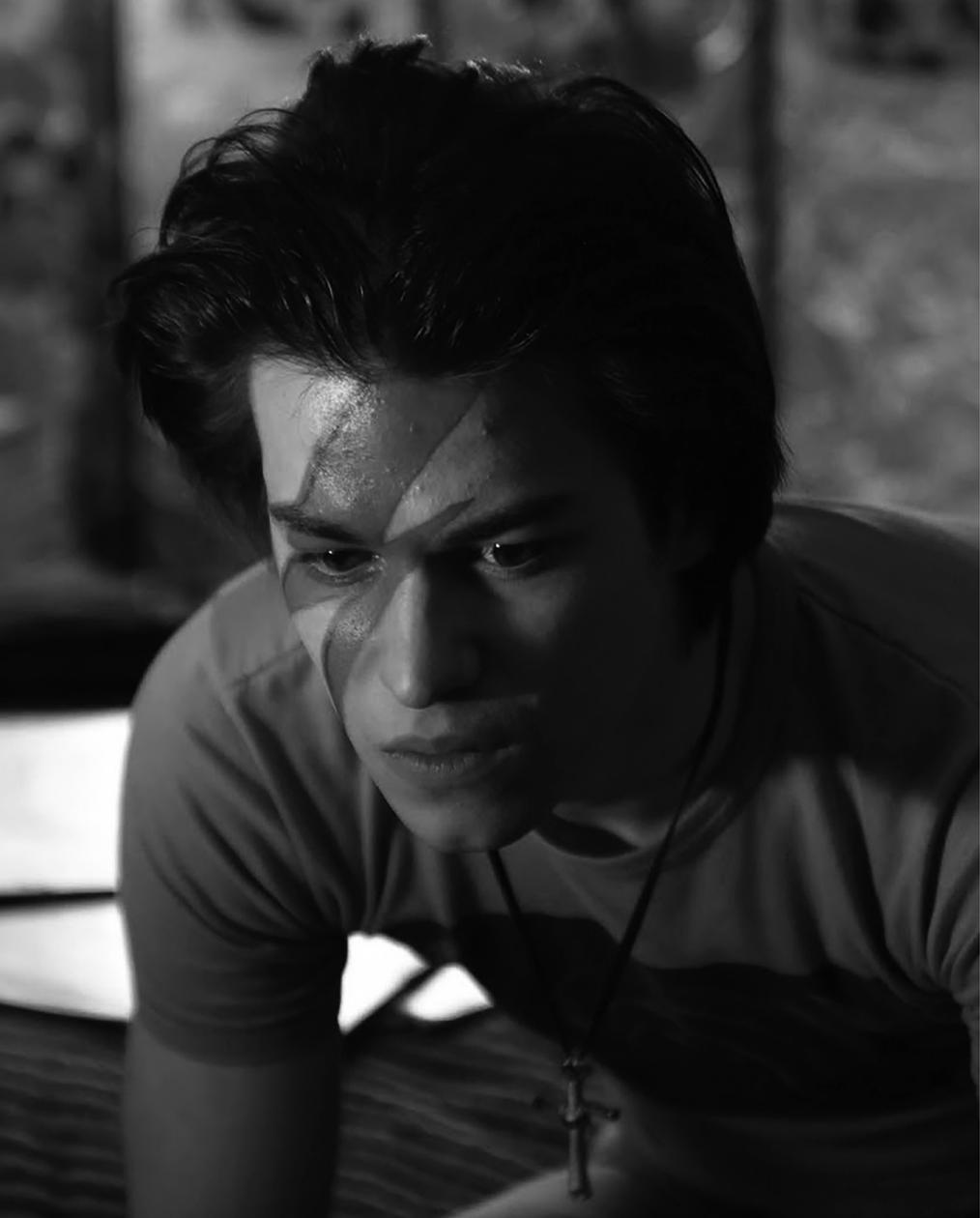
artistas, sino grandes capitalistas: en 1934 se empieza a aplicar el Código Hays, una serie de reglas restrictivas que toda película debía cumplir y en las que, por supuesto, una sexualidad no normativa estaba completamente fuera de lo aceptable. En definitiva, qué se podía ver en pantalla y qué no. Los sueños emancipatorios se vinieron abajo a golpe de decretazo fundamentalista y cristiano. Pese a ello, los directores y guionistas encontraron formas veladas y subterráneas de enseñarnos que había muchas maneras de amarse.

Pero, si bien es cierto que la etiqueta de cine LGTB ha servido para reforzar estereotipos y hacer caja, también ha tenido otra cara más positiva. En muchas ocasiones, este cine ha servido para normalizar formas de vivir, para que el gran público conozca el sufrimiento histórico que arrastra el colectivo o para que, lo antaño extraño o perseguido, se viva como cualquier otra opción válida y posible. El cine, gracias al poder de la imagen en movimiento, es el arte más capacitado para persuadir y generar imaginarios, así que sería un error de bulto renunciar a ese poder ilimitado y no servirse de él para cambiar muchas mentalidades ancladas en el pleistoceno.

Un cine LGTB que nos recuerda que algunos padres prefieren un hijo drogadicto a un hijo maricón, pero también que las historias de amor entre lesbianas no tienen por qué terminar en crimen, tragedia o asesinato o que en el cine trans también

hay excepciones a las historias estereotipadas escritas, dirigidas y representadas por personas cis. En este volumen asistiremos también a la confluencia maravillosa entre los rudos mineros de un pueblecito de Gales y un colectivo de gais y lesbianas, unidos en la huelga y la reivindicación y en su odio visceral a Margaret Thatcher, fulminando de un plumazo cualquier trampa de la diversidad que salga al paso. O a lo difícil que fue, tras la muerte de Franco, llevar a cabo un cine que mostrara otras identidades sexuales y que no terminara en lo marginal o casi lo prohibido. Al final del libro, recorreremos las vicisitudes y persecuciones que sufrieron actores, actrices y directores durante la edad dorada de Hollywood y el cine clásico.

En Antipersona creemos en el cine, como arte y como vehículo. Como reflejo de distintas épocas y sensibilidades. El cine nos ayuda a ponernos las gafas violetas, las gafas de clase o, como en este caso, las gafas arcoiris. Vayan mucho al cine.



PREFIERO UN HIJO DROGADICTO A UN HIJO MARICÓN



CHRISTO CASAS

En mi casa nunca ha importado que fuera maricón. Cuando abrí la boca para ofrecer aquel dato intrascendente a unas personas más preocupadas por si encontraría trabajo al acabar la universidad, por si daríamos con un alquiler más barato al acabar el año o por si pondríamos comida sobre la mesa al acabar el mes, nadie se inmutó. Mi madre se lo tomó como si le hubiera dado los buenos días y, si hubo algún cambio, fue que a partir de entonces

sus anécdotas del pasado incluían más relaciones sáficas. O quizá yo empecé a prestar atención a unas anécdotas que siempre estuvieron ahí. Mi padre tuvo su momento de parar, respirar y preguntar «¿y tu novio tiene un buen curro? Lo importante es que tenga un buen curro». Y no, no tenía un buen curro, pero eso es otro tema que no viene a cuento ahora.

El protagonista de *C.R.A.Z.Y* (Jean-Marc Vallée, 2005) no tuvo un padre tan comprensivo. Pero es que, en el llamado «cine LGTB», la salida del armario ante la familia nunca es como fue la mía. O bien el elenco explota en una escena de violencia verbal, emocional y física, o bien el diálogo comienza a parecer escrito en tazas de Mr. Wonderful. En el cine LGTB la trama gira siempre en torno a ser LGTB porque no hay problemas ni preocupaciones mayores que serlo. Ser LGTB *es el problema*.

Cuando desde Antipersona me ofrecieron escribir este capítulo contesté inmediatamente: pero si yo odio el cine LGTB. Bien, no era cierto, he visto películas catalogadas como LGTB que me han encantado, me han hecho identificarme, reírme y llorar. Mi problema no es con las «películas LGTB» como productos individuales, sino con la etiqueta que las engloba. Parece que anunciara «cuidado, ojo, esta película va sobre travelos, mariconazas, confusos y bolleras. Si eres cishetero, corres un alto riesgo de no sentirse en absoluto representado, no pierdas el tiempo». El colectivo LGBT lleva toda la vida empatizando con tramas

cisheteronormativas, pero nosotras nunca somos un sujeto empatizable. Somos objetos con una tara: ser LGTB.

Y el cine LGTB va sobre cómo llevamos o disimulamos esa tara, por lo general muriéndonos de algún modo que a menudo es el suicidio o el sida. Pero estas películas raramente van sobre cómo sobrevives al suicidio o cómo convives con el VIH. No tenemos derecho a historias donde el problema de ser LGTB sea substituido por no llegar a fin de mes, no encontrar trabajo por tu pluma o, no sé, una historia de travestis luchando contra el octavo pasajero bisexual de su nave, o una aventura en que una elfa trans y un par de bolleras salvaguarden un anillo mágico de un malvado brujo gay. Bueno, miento, esto último sí pasa: villanos LGTB tenemos a cascoporro en el «cine cishetero».

Pero la pluma de los villanos clásicos, como no tener un novio con un buen curro, tampoco es el tema de este capítulo. El tema que me planteó Antipersona, por ir centrándonos, fue sí, como hombre gay cis –yo prefiero llamarme maricón, la verdad– me siento bien representado en el cine LGTB. Y, para ello, me plantearon trazar un paralelismo entre mis relaciones familiares, en tanto que marica, y las del protagonista de la película ya mencionada, *C.R.A.Z.Y.*, del director canadiense Jean-Marc Vallée.

MATAR AL PADRE

He decidido llamar al capítulo «Prefiero un hijo drogadicto a un hijo maricón» porque Gervais, el padre autoritario, machista y conservador de *C.R.A.Z.Y.*, no tuvo opción a elegir dentro de esta tristemente famosa dicotomía. Tiene un hijo drogodependiente, Raymond, y otro maricón, Zac, además de otros dos hermanos, caracterizados como «el deportista» y «el intelectual».

Curiosamente, ninguno es caracterizado como «el heterosexual», mientras que la personalidad de Zac consiste básicamente en ser maricón. Y he aquí uno de los problemas ya mentados del cine LGBT: ser maricón es su trama, su arco evolutivo, su planteamiento, su nudo y su desenlace. Podría haber sido «el músico», «el *grunge*» o alguna otra característica de las que presenta superficialmente el guion. Pero cualquier interés, pasatiempo o proyecto de vida de Zac queda eclipsado por su orientación afectivosexual, que es lo que lo convierte en un personaje reseñable.

Para ser honestos, esto también pasa fuera de la pantalla: durante muchos años, mientras otros amigos eran «el del judo», «la catalana» o «el pelirrojo», yo siempre fui «el trucha», «el sarasa» o «el maricón», desde antes de saber qué significaban estas palabras. Esto, de hecho, es una anécdota bastante común en el colectivo: te llaman algo cuyo significado desconoces, pero

sabes que es tan vergonzoso y peyorativo que no te atreves ni a preguntar qué significa, como le ocurre, por ejemplo, a uno de los protagonistas de *Heartstone* (Gudmundur Arnar Gudmundsson, 2016).

Esta película islandesa fea, sucia, sincera, nos cuenta la historia de dos chicos de pueblo ante el despertar de su propia sexualidad. Mientras uno comienza a coquetear con chicas, el otro intenta reprimir el deseo por su propio amigo asumiendo la heterosexualidad obligada. Ambos pescan, se enfangan, se lanzan piedras, destrozan coches oxidados y se raspan las rodillas. Ambas sexualidades se retratan con la misma crudeza. La infancia y juventud LGTB no tienen más color, más música ni más purpurina que la infancia cishetero. Y el odio y menosprecio del entorno ante la mínima disidencia conduce más a menudo a la autocensura y el odio gris hacia uno mismo que a la explosión de colores y formas que a menudo nos vende el cine.

C.R.A.Z.Y., en cambio, no muestra un solo plano de una relación homosexual ni homoafectiva. Asumimos que Zac es gay porque el guion nos lleva a ello y, sin embargo, lo vemos follando en escena varias veces con una mujer, mientras que la única escena de supuesto sexo homosexual –una paja en el coche de Gervais– está elidida. *C.R.A.Z.Y.* lanza la piedra y esconde la mano. Esta es una acusación que he hecho en redes sobre otras producciones LGTB y a menudo recibo la respuesta de que la insinuación es

bella, poética, metafórica y hay que valorar el esfuerzo artístico tras ello. Yo estoy cansado de ser una metáfora, sinceramente. Eso no es visibilidad, pues profundiza en la idea de que la sexualidad no normativa es una cuestión del ámbito privado que no necesitas mostrar porque incomoda. Una experiencia reducible a figuras retóricas.

Gervais plantea durante toda la película una batalla personal contra la etiqueta de maricón. Se empeña en definir a Zac por sus destrezas musicales del mismo modo que intenta ocultar la relación con las drogas de Raymond centrando el foco en sus conquistas sexuales. Y aquí está la contradicción con respecto a *Heartstone*: mientras la supuesta homosexualidad de Zac es solo una insinuación, la heterosexualidad de Raymond es explícita. Sus historias no son simétricas.

Al final, tanto la drogadicción de Raymond como la homosexualidad de Zac conllevarán la expulsión o huida de ambos de la casa familiar. El primero, a un piso okupado junto a su pareja; el segundo, a Israel, en busca de una revelación religiosa sobre su particular pecado. Ante la imposibilidad de parecerse al padre modélico, lo eliminan de su vida. Y aquí nos topamos con una trama recurrente en el audiovisual LGTB americano: romper con la familia.

